

La oración de María: el *Magnificat* (vv. 46-55)

Hasta ahora, Lucas ha «dibujado» a María como madre en camino para un servicio de caridad, reconocida y celebrada por Isabel por la maternidad divina. Ahora María, que sin haber dicho una palabra se siente comprendida, reconocida, aceptada y exaltada, responde. La suya es una palabra abundante, la más larga de todo el evangelio. Más que palabra, es oración.

Demos una ojeada rápida al cántico, dejando a los estudios especializados tanto el tratado completo de la problemática (origen, modelos, estructura, autor, etc.) como el comentario en profundidad.

Entre las distintas articulaciones, elegimos la que propone dos partes: una narrativa, que con la explosión de verbos muestra la alegría incontenible de María (vv. 46-50), y una descriptiva que, con el uso del paralelismo antitético, presenta en concreto la acción salvadora y escatológica de Dios (vv. 51-55).

La primera parte comienza con regocijo: «Mi alma [= yo] glorifica... mi espíritu se regocija» (vv. 46-47). Si queremos identificar un posible centro de agregación de todas las ideas, lo podríamos encontrar en el concepto teológico de «salvación», registrado desde las primeras líneas en el título dado a Dios: «Mi salvador» (v. 47). La salvación tiene en Dios su causa y origen y en el individuo (o grupo) su destinatario. Desde el

«yo» de María hasta el «Tú» divino, pasando por el «nosotros» comunitario, se canta la salvación en su origen (Dios) y en sus destinatarios (María y pueblo). María interpreta la historia de Israel, encerrada en la fórmula de Dt 26,7: «Pero nosotros clamamos al Señor, Dios de nuestros padres, que escuchó nuestra plegaria, volvió su rostro hacia nuestra miseria, nuestros trabajos y nuestra opresión». Partiendo de su historia personal, María da voz a la historia de Israel, llevando la mirada más allá, abrazando idealmente a todos los hombres. Después, su historia se convertirá en prototipo de la de la comunidad cristiana y de la de todo cristiano. Como sugiere san Ireneo, aquí María «profetiza para la Iglesia».

Por eso, desde hace muchos siglos, la comunidad cristiana tiene la hermosa costumbre de introducir el canto en la oración de la tarde. María entonó un canto cuyas notas se propagan en el tiempo y en el espacio.

La persona que ha vivido la experiencia de Dios salvador aprende a celebrarlo en la alabanza y en la acción de gracias. El *Magnificat* es la respuesta orante a la presencia de Dios en la vida de su criatura. Dios tiene con María una unión especial, que ella reconoce: «El Todopoderoso ha hecho conmigo cosas grandes» (v. 49). En el transcurso de la historia de la salvación, Dios ha desplegado su gracia repetidamente, interviniendo a favor del pueblo. Al principio, y como modelo ejemplar de las «cosas grandes», se sitúa la expe-

riencia del éxodo de Egipto, arquetipo de toda liberación (cf Sal 106,21-22); a continuación, en términos análogos de salvación, se experimenta el segundo éxodo, el de Babilonia (cf Jl 2,21); finalmente, el tercer éxodo, la redención mesiánica, será el epílogo de las «cosas grandes». María sabe que marca un giro de la historia de la salvación y celebra en el canto la intervención de Dios, que despliega su omnipotencia en un servicio de amor hacia sus criaturas.

Sería fácil objetar que el texto no deja entrever ninguna referencia a Jesús. Pero el contexto de Lucas no deja dudas: al introducir el *Magnificat* después del relato de la Anunciación y de la «publicidad» hecha por Isabel, no está fuera de lugar concluir que, entre las «cosas grandes» realizadas por Dios, está la de incluir, *in primis*, la presencia del Hijo de Dios en el seno de la Virgen, la «sierva» sobre la que se ha posado la mirada complaciente y complacida del Omnipotente.

La salvación adquiere un contenido histórico nuevo. Igual que en el pasado no fue una ilusión, ni una vaga esperanza, sino la celebración de un acontecimiento como la liberación de la esclavitud de Egipto, así hoy se hace concreto en la persona del Mesías. Por tanto, la celebración de María es por la salvación, en otros tiempos representada por las intervenciones de Dios y, ahora, condensada en la persona de Jesús.

La experiencia personal tiende a diluirse en una experiencia universal. La segunda parte del

Magnificat permite a María convertirse en caja de resonancia de muchas intervenciones salvadoras de Dios. Además, Dios usa una metodología que se repite, incluso en la historia de los tiempos y de las personas.

La salvación se realiza a través de revoluciones significativas. Son las elecciones caprichosas de Dios, que vuelven, puntualmente, en las bienaventuranzas. Ocho verbos marcan solemnemente la cadencia de la actuación divina: ha dispersado a los soberbios, ha derribado a los poderosos, ha ensalzado a los humildes, etc. Son verbos en pasado, porque se refieren a una liberación histórica ya ocurrida. Al mismo tiempo, exponen otra la que implica a la historia futura de todos los hombres. En este sentido, el *Magnificat* es «historia y profecía, recuerdo y espera, acontecimiento y anuncio» (Ortensio da Spinetoli).

124

Es una forma sorprendente de usar el tiempo más allá del tiempo: el cántico va desde lo puramente temporal (en griego, tiempos en aoristo) hacia lo atemporal progresivamente, es decir, hacia el ser mismo de Dios. Lo demuestran los participes («sus fieles») y el gerundio («acordándose»). También el vocabulario, con sus imágenes semíticas contrapuestas las unas a las otras, quería expresar lo inexpresable. Más que de confusión, se trata de orden para poner en su sitio lo que los hombres han desbaratado con el pecado; es decir, la muerte, que ahora es vencida. La salvación cantada, atribuida a Dios, celebra el valor de

los *'anawim*, los «pobres de espíritu» que ponen en Dios su confianza, preparando el espacio y el corazón para la actuación divina. Ellos permiten que Dios reconstruya el orden que Él había impreso en la creación, que poseía la marca original de todo lo bueno.

El *Magnificat*, perla de la literatura de los *'anawim*, es también el manifiesto, aún sin efectuar, de los derechos de todos los que esperan un justo reconocimiento. El cántico es, también, la promesa de Dios: Él, que no tiene deberes hacia nadie, se compromete consigo mismo con una fidelidad indestructible. La conclusión, «acordándose de su misericordia, como había prometido a nuestros padres, a Abrahán y a su descendencia por siempre» (vv. 54-55), es el cofre que contiene el compromiso de Dios de continuar la obra salvadora, que ha tocado su cima con el nacimiento de Jesús. También este es un motivo válido para recordar con frecuencia la página actual y poner en práctica la sugerencia de Martín Lutero: «Este cántico santo de la Madre de Dios debería ser bien aprendido y recordado por todos».

Una vez terminado de leer el *Magnificat*, puede surgir la impresión de estar en presencia de una composición poco original, una especie de calco de textos bíblicos, con bastantes reminiscencias de los salmos. La impresión es fundada. No por ello podemos descalificarlo, reduciéndolo a una fotocopia descolorida. Las palabras y las expresiones se pueden copiar, los sentimientos no. Re-

cordemos el principio general según el cual la novedad recurre a las fuentes secretas del corazón y de la vida. Cuántas veces la muy común frase «te amo» suena original y nueva, aunque muchos la repiten y todos la conocen. La sintonía afectiva de dos corazones o la fuerte carga de amor hace nuevo a los ojos y a los oídos de algunos lo que parece banal a otros.

María vuelve a plantear temas antiguos y, sin embargo, cargados de novedad, revalorizando el principio según el cual Dios no hace cosas nuevas, sino que hace nuevas las cosas (cf Ap 21,5). Se trata de enriquecer con novedades las palabras antiguas, precisamente como el bautismo hace nueva a una criatura ya existente, transformándola desde dentro.

Del texto a la vida

126

1. Dos madres celebran la belleza de la vida. ¿Soy yo también un cantor de la vida porque la aprecio, la defiendo y la promuevo? ¿Cómo puedo convertirme en un constructor de la civilización de la vida y no de la civilización de la muerte?
2. ¿Cultivo y desarrollo un sentido de solidaridad que se convierte en atención a las necesidades de los demás? ¿Estoy dispuesto a llevar mi colaboración con oración, consejo e intervención